Este texto reflexiona sobre los alcances de la comunicación en la educación, centrando su atención en la mediación pedagógica. Tras despejar una serie de confusiones en torno a lo comunicacional -reducido a medios, a impactos o al simple diálogo-, se pregunta por lo que significa comunicar en el campo de la educación, enfatizando la importancia de lograr una verdadera comunicabilidad y en relación con esto, de superar la violencia, el autoritarismo, la fatiga, el desaliento y el peso de la tradición del discurso institucional.

LA COMUNICACIÓN EN LA EDUCACIÓN

En el número anterior de la revista desarrollamos el concepto de mediación pedagógica, cuyo eje fundamental es la comunicación que, en sentido amplio comprende el intercambio y la relación de saberes y puntos de vista, la producción de sentidos, las tácticas de la palabra y el juego del diálogo, la interlocución y la escucha, el ejercicio del poder, los acercamientos y alejamientos, las simulaciones y aperturas entre distintos seres.

No pretendemos idealizar la comunicación, como si de antemano su presencia permitiera lograr una educación diferente. Nos interesa aclarar su alcance en el marco de la relación con la educación, a fin de avanzar en la comprensión de la mediación pedagógica.

Las confusiones

La relación comunicación-educación ha estado sujeta a varias confusiones que no terminan de aclararse.

- ⇒ Primera confusión: lo comunicacional reducido a medios.
- ⇒ Segunda confusión: lo comunicacional reducido a impactos.
- ⇒ Tercera confusión: lo comunicacional reducido a diálogo.

La inicial es ya bastante antigua, al menos dentro de este siglo cuyo tiempo corre con tanta violencia. Nació en el horizonte de comprensión de la vieja tecnología educativa, empecinada en asignar a los medios un papel que nunca llegaron a tener. La idea era: si incorporamos recursos audiovisuales a la enseñanza, si los niños pueden ver, además de oír al maestro; si les hacemos llegar otras voces, otros paisajes, otros contextos, avanzaremos más allá de las viejas formas de relación en el aula.

En 1965 alertaba Piaget en relación con el riesgo de un *verbalismo de la imagen*. Durante esa década, y buena parte de la siguiente, los países del Tercer Mundo fueron los principales compradores de tecnología educativa. El pensador tenía

razón. Los anhelados cambios no se dieron. Medios son medios, si no hay quien les dé sentido, y en nuestro caso sentido educativo, de nada vale el más rico sistema de sonidos o de representaciones visuales.

Los medios vinieron a incorporarse a la escuela para transformarla, y pronto ella los sumó a sus antiguas rutinas. Todo el dinamismo de la televisión, por ejemplo, quedaba reducido a una sesión expositiva; así comenzó a repetirse a través de la pantalla la dinámica de las clases. Los maestros, y el sistema escolar, colonizaron los medios.

La segunda confusión arrojó muchos productos con intención educativa. Se trataba de devolver a las nuevas tecnología su ritmo y su discurso perdidos. Si la publicidad tiene tanto éxito, si nos atraen más las caricaturas y las series que una lección, ¿por qué no apelar a esas formas expresivas? Fueron los tiempos dorados de Plaza Sesamo, por mencionar uno de los programas más representativos de esta tendencia.

Fascinación e impacto, como grandes pilares, y, a través de ellos, los temas a aprender. Hubo países que distribuyeron entre los maestros miles de láminas y cartillas, plenas de color y de golpes a la sensibilidad del niño. La educación se volvía una cuestión de seducción. Atacar los sentidos equivalía a educar. Diseñadores, ilustradores y autores, aparecían como los nuevos ídolos de este espacio, tan dado a la búsqueda de héroes.

Pero los logros tampoco fueron los previstos. La iniciativa resultó alcanzada por el derrumbe de las economías (la década perdida de los 80, significó también una década menos en el terreno de la educación). Y los creadores de materiales sabían mucho de su profesión, pero poco y nada de la percepción de los destinatarios, y menos de las variaciones de ella en relación con la edad y la condición social. Además, mensajes son mensajes, si no hay quien les dé sentido, y en nuestro caso sentido educativo, de nada vale el más rico sistema de imágenes.

La tercera confusión no alcanzó a desarrollarse demasiado en nuestros países latinoamericanos, aunque no faltaron experiencias, en especial en la educación de adultos. El argumento: no son los medios, ni los mensajes impactantes la clave del proceso. Lo único que cuenta es el diálogo, el intercambio, la relación entre dos o más seres que van construyendo su respuesta. La tecnología termina por pervertir la relación entre los humanos. Sólo cuando alguien habla con otro, y se ponen en juego la mirada, la palabra, el gesto, es posible educar y educarse.

Pero no siempre dos personas cara a cara dialogan. Más aún, a menudo no lo hacen, porque una de ellas intenta dirigir las respuestas de la otra, porque se temen, porque desconfían, porque no cualquiera abre su ser a los demás. El ideal de la comunicación no se ha concretado, en los espacios educativos, en una comunicación ideal. Las excepciones cuentan, sin duda, pero como tales.

Y, sin embargo, las tres confusiones tienen su lado de valor. La primera alude a la tecnología, y hoy menos que nunca es imposible negar su importancia. La segunda, a los mensajes, y dentro de ellos al discurso educativo; aún cuando es necesario discutir la tendencia al impacto. La tercera, a las relaciones presenciales. El problema ha sido trabajar como si una excluyera a las otras. Y, sobre todo, el problema ha sido la ausencia de reflexión de lo comunicacional en el campo de la educación.

La comunicación en la educación

Visión extrema: toda cultura puede ser reducida a lo comunicacional ¿Acaso no dicen algo cada una de las obras del ser humano? ¿Acaso es posible privar de significado cualquiera de sus productos o de sus actos?

No nos interesa criticar esa visión. Pero señalemos que su excesiva generalización termina por eliminar las diferencias. Si todo es comunicación, no toda relación comunicativa es similar. Dicho de otra manera: no es lo mismo comunicar en ciencia, en arte, en publicidad o en propaganda política, que hacerlo en el campo de la educación.

Dos ejemplos:

- ⇒ En el terreno de la ciencia la comunicación pasa a formar parte de la pasión por el tema, por el conocimiento. Por ello los lenguajes se van especializando y, en general, la comunicación se concentra entre quienes tienen informaciones y experiencias que compartir.

- ⇒ En el caso de la publicidad, la comunicación entra en la lógica de la venta, todo lo que vemos y oímos se orienta a la promoción de alguna mercancía. Comunicar equivale, en este caso, a persuadir.

Primera pregunta, entonces:

¿Qué significa comunicar en el campo de la educación?

La respuesta pasa necesariamente por nuestra concepción de la educación. Nos interesa una línea enmarcada en la preocupación por el respeto a las culturas y las diferencias, por el reconocimiento de las características del educando, por la orientación hacia la vida y las necesidades de este último, por la búsqueda de alternativas en estos tiempos, tan plenos de contradicciones y de pueblos empobrecidos.

En síntesis: una educación al servicio de sus interlocutores y no de la burocracia o de alguna pretensión científica.

Una concepción semejante, requiere de una propuesta comunicacional coherente con ella. No se puede hablar de democratización de la enseñanza, y al mismo tiempo lanzarse a promover sistemas de manipulación y de impacto. No se puede insistir en el reconocimiento de los interlocutores, y simultáneamente diseñar materiales sin ninguna consulta con ellos. No se puede idealizar la labor del educador, y a la vez aceptar relaciones de autoritarismo.

Para nosotros, una educación así concebida, requiere de una comunicación que:

- → tenga como protagonistas a los sectores en ella involucrados
- → refleje las necesidades y demandas de éstos
- → se acerque a su cultura
- → acompañe procesos de construcción de conocimientos
- → ofrezca instrumentos para localizar, procesar e intercambiar información
- → facilite vías de expresión
- → permita la sistematización de experiencias, mediante recursos apropiados a diferentes situaciones
- → colabore, por todo lo anterior, en promover y facilitar el aprendizaje y el interaprendizaje

Esta caracterización nos abre el camino hacia la comunicabilidad. Partimos de la necesidad de una voluntad de comunicación por parte de cada uno de los participantes en un acto educativo, en especial de quienes forman parte de la institución.

La comunicabilidad

Entiendo ese concepto como:

> La máxima intensidad en las relaciones presenciales, grupales, con el contexto, a través de los materiales didácticos y diferentes medios, y con uno mismo.

Y entiendo *máxima intensidad* como:

> Un sentirse bien con el otro, con los otros, entusiasmado, contenido, sereno, inmerso en un ambiente de seguridad pedagógica, respetado, reconocido en los propios tiempos y en las propias percepciones.

La máxima intensidad desde todos los elementos que dan sentido a un acto educativo:

→ el estudiante
→ el educador
→ la institución
→ los materiales y recursos de aprendizaje

La comunicabilidad en el estudiante se produce cuando se le abren camino para que emerjan sus expresiones y percepciones, es decir, para que se manifieste en un aula, por masiva que sea, la diferencia.

La comunicabilidad en el educador se produce cuando es dueño de lo que con Francisco Gutiérrez hemos denominado la *madurez pedagógica*:

> Ser dueño del tema, de la cultura general y de los recursos expresivos (verbales, gestuales, a través de distintos medios) para interactuar con el otro desde él, para tender los puentes necesarios entre temas y cultura y quienes deberán aventurarse a construir a partir de ellos.

La comunicabilidad en la institución se produce cuando se abren en ella espacios de convivencia y de interacción, cuando todo se llena de sentido, entendido como lo que tiene un sentido para mi vida.

La comunicabilidad en los materiales y recursos de aprendizaje se produce cuando son elaborados para que pueda mantenerse un diálogo con ellos, para sentirlos cercanos y no muros de exclusión, para que permitan ir desde ellos a otros seres y materiales, al contexto y a uno mismo.

La comunicabilidad con uno mismo se produce (en el estudiante y en el educador) cuando estoy inserto en un sistema de enseñanza-aprendizaje que me permite partir de mi experiencia, revalorizar mi pasado, mis recursos expresivos, mis percepciones, mis sueños, para involucrarlos con fuerza en el acto educativo.

El muro

Todo lo anterior nos lleva a una conclusión: los educadores somos seres de comunicación, los sistemas educativos son sistemas de comunicación, los materiales educativos son materiales de comunicación, los estudiantes son seres que crecen en la diferencia y en la comunicación.

Es éste el ideal, nuestra utopía pedagógico-comunicacional.

Pero muchos sueños se estrellan contra:

→ el muro de la violencia
→ el muro del autoritarismo
→ el muro de la fatiga
→ el muro del desaliento
→ el muro del discurso institucional

No hay comunicabilidad posible en la violencia. Y se ejerce violencia por el igualamiento forzado (todos los estudiantes están igualmente vacíos, sólo cuentan los contenidos con los cuales llenarlos), por humillación, por exclusión, por empobrecimiento en la vida y en las relaciones, por ausencia de alegría y de entusiasmo.

El autoritarismo corresponde no sólo a un sistema, sino también a seres, en el cuadro tan difundido de la personalidad autoritaria. Se ejerce violencia cuando no se soporta la risa ajena, cuando todo se lo quiere limitar por miedo y desconfianza en el otro (sé de un docente que caracteriza el aula como un campo de batalla y dispone sus estrategias para vencer siempre... al estudiante), cuando en el fondo se odia a los jóvenes.

El muro de la fatiga cierra el camino a la comunicabilidad porque uno puede sacar fuerzas de donde ya no van quedando y hacen falta fuerzas, renovadas energías para mantener la preciosa tensión de la comunicación en un aula. No es con educadores obligados a sobrevivir como se puede sembrar en las aulas la comunicabilidad.

Ligado a la anterior, el muro del desaliento, que a menudo viene confundido con enfermedades, con la ausencia de voluntad para seguir adelante en esta tarea de comunicar siempre y por todos los medios. El desaliento tiene causas sociales, pero también individuales. Uno no puede cumplir indefinidamente con algo que no le gusta, y menos cuando se trata de estar inmerso en lo comunicacional.

El peso de la tradición del discurso institucional aparece a menudo como un muro para la comunicabilidad. Conozco muchas experiencias en las que una docente intentó cambiar la situación de entropía comunicacional, al menos en su aula, y cayó en las sanciones de la conducción. Hemos vivido largo tiempo en no pocos establecimientos un discurso despersonalizado, alejado de la vida y del aprendizaje, pleno de lugares comunes y de intentos de mostrar el contexto como si fuera siempre el mismo y como si cada joven y cada generación de ellos fueran siempre las mismas.

Practicar la comunicabilidad

Cuando la comunicación falta, cuando no se la logra en todas sus posibilidades, no podemos caer en la acusación fácil al docente o incluso a la institución. Afirmamos con fuerza que todo repercute en la comunicación en la educación: tanto los problemas del contexto social y nacional como lo que sucede en el interior de la institución. La comunicación es siempre una delicada trama, difícil de sostener en toda su riqueza cuando circunstancias sociales, institucionales o personales presionan sobre el quehacer educativo.

Por ello la opción por la comunicabilidad no es sencilla dentro de esas presiones, y a la vez exige mucho más que las rutinas capaces de reducir al mínimo interacciones y expresiones. Cuando uno opta por ella, lo hace por un camino complejo, en el cual se compromete más energía y más esfuerzo, pero a la vez se puede vivir con todo el ser la condición de educador.

Daniel Prieto Castillo
Mendoza, Octubre de 1999